



JOSE DE ARTECHE

Por BONI OTEGUI

Conocí a José de Arteche, o, mejor dicho, tuve la suerte de conocerle hace casi treinta años. En casa de Jesús Elósegui, amigo común al que visitaba entonces con frecuencia, tuve ocasión de asistir a una larga sobremesa, en la que él, Joxé, hizo el gasto de la charla casi con exclusividad, mientras por mi parte me convertía en solo oídos. Rememoraba hechos, sucesos y hasta nimiedades del tiempo de «la guerra», y yo, como cualquiera entonces, que había oído a tanta gente hablar de «sus batallas», a nadie había escuchado contar las suyas con tanta propiedad, razonar con tanta ponderación sobre lo que ocurrió y, sobre todo, decirlo con aquellas palabras que llevaban consigo el inconfundible sello de la sinceridad.

Así lo creí entonces y en esto no me equivoqué, ya que Arteche dijo siempre verdades, dijo lo que creía y dijo además por qué lo creía.

También apreció desde aquel mismo día que, de cuanto decía, más que el propio relato valían las consideraciones a que él mismo le conducía, y las profundas reflexiones a que le inducían los hechos. Porque para Arteche, las cosas no ocurrían sólo porque tenía que ser así. Para él los hechos, las palabras y cuanto acontece, respondían a una causa o

albergaban una consecuencia y en casi todo presentía algo trascendente, algo que había que averiguar, algo sobre lo que era necesario reflexionar. Sobre esta mi particular apreciación, los que le conocieron creo podrán darme la razón, y quizá, al igual que yo, como mejor se lo imaginen es en aquella su actitud de seria y enorme concentración. Reflexionando.

Oírle relatar aquel amanecer en Sebigain, cuando, al cabo de varias noches de sucederse sin tregua contraataque sobre ataque, vio al requeté y al gudari enredados en mortal abrazo y casi entrelazados el «detente» del uno con el rosario del otro, como estaban sus fusiles, supuso para mí una nueva forma de pensar sobre aquella guerra que, sin vivirla en las trincheras, los chicos de entonces la vivimos íntegramente, sorbiendo con avidez las noticias de batallas y peleas, de ataques y retiradas, llevando «al dedillo» todo lo que ocurría en los frentes de combate y con la ilusión de ser mayores para poder estar allí.

«He escrito un libro sobre todo esto, —nos dijo—, sobre esto y lo que supone. En él impera la impresión que recibí mi ánimo ante aquella visión de Sebigain y la reflexión que me inspiró de que *la guerra civil es la bancarrota de la caridad*».

Esta sentencia oída de sus labios y en aquella época, también influyó en mí. Las cosas que decía Arteche influían, calaban en los demás. Tenían el don de hacernos permeables, la firmeza de su exposición y el tono de propio convencimiento con que las decía, fruto de las laboriosas deliberaciones consigo mismo.



Y tanto o más ocurría cuando escribía. Siempre lo hacía con cuidado y tachado mucho. Sus cuartillas eran al final comparables a la obra de un orfebre, por lo repetidamente limadas y pulidas, hasta conseguir plasmar en ellas con plena claridad lo que quería decir y hacerlo con su elegante, recio y personalísimo estilo literario. Sé que a un escritor muy conocido hoy, cuando en sus comienzos fue a visitarle, le aseguró: «No lo dude, el arte de escribir es el arte de tachar», consejo que, por otra parte, no creo que éste ha utilizado demasiado.

Arteche escribió durante toda su vida, y lo hizo con una liberalidad que no suele ser normal entre los profesionales. Quien vive de su oficio es natural que cobre por ejercerlo, y de ello quienes nos encargamos de revistas como OARSO sabemos bastante. En él, sin embargo, esto no contaba. Se comprometía «de todas, todas» con las publicaciones regionales y ¡a cuántas de ellas su firma les dio carácter e importancia! No sabía decir que no a estas cosas, porque tiraban de él con la misma fuerza, tanto las tocantes a su Azpeitia natal, oriundez que tan a gala tuvo, como las de cualquier otro pueblo de nuestra provincia. En este orden creo que la de GUIPUZCOANO es la calificación que mejor le cuadra.

Con nosotros no falló nunca. Todos los años en que OARSO ha llegado a oír un nuevo «Centenario», llevaba dentro de la tinta que es su sangre, la firma de Arteche. El pasado año, para él su último año, seriamente «tocado» ya y cuando, por mandato expreso de quienes cuidaban su salud, tenía prohibida toda actividad, por teléfono y a hurtadillas nos decía de su preocupación por no poder ofrecernos un nuevo original. Y es que el escribir fue su vida. El escribir para los demás y comunicarnos lo que sentía, lo que amaba y lo que creía hasta «vaciar», o «desnudarse» ante todos, pecado del que con certeza crítica le «acusaba» su hijo el fraile, en el prólogo de su «Canto a Marichu».

En mi concepto, esta su forma de expresarse, esta abierta manera de decir, obedecía, en principio, a su natural y cultivada honradez, pero creo que también se corresponde, con la seria y formal actitud que adoptó ante los trascendentales momentos que tuvo que vivir durante los aciagos tiempos de «la guerra».

No sé si me equivoco con alguno, y si es así por anticipado le ruego me perdone, pero he visto que al hablar de Arteche, después de que ha muerto, los amigos que le han dedicado artículos y epitafios han ido trillando sobre la misma era, repitiendo y sucediéndose en los mismos calificativos de bueno, honrado, gran amigo, etc. Con ser verdad, y aunque se hayan escrito siempre con mayúscula, me ha parecido esto un poco corto y hasta un tanto fácil, porque fácil me parece, para quien le conoció, aplicar tales apelativos al respetuoso hermano de «mi venerable hermano mayor Ignacio de Loyola», y al cristiano con agallas como para

escribir de la vida de Cristo diciéndole desde la primera página YO SI CREO. No parece difícil decir esto de él y más sabiendo que lo que dejaba escrito lo cumpliría durante toda su vida, practicándolo a diario.

Creo que hay un aspecto en Arteche que no se ha citado y que, sin embargo, representa algo así como una impronta marcada en su vida desde 1936, algo que resulta insoslayable para quien quiera juzgarle o nada más que conocerle. Al que para entonces, antes de que empezara la guerra, fue elegido miembro del Gipuzko Buru Batzar, cuando ésta llegó, se le pidieron demostraciones de valentía y de heroicidad. Valentía y heroicidad que la gente conoce por el concepto medieval que a estos términos imprimían nuestros maestros de escuela: al estilo de Guzmán el Bueno, y que alcanzan su notoriedad por un hecho heroico. Muy heroico, pero uno solo.

Esto no lo hizo entonces Arteche, y como no lo hizo, tuvo que llevar ese peso sobre sí.

Aunque encontró manera para cargar airosamente con tal lastre. Airosa y heroicamente. Con esa valentía que por ser cotidiana no lo parece, y menos cuando por armas se emplean pluma y papel. Quizá considere alguien que el escribir durante más de cinco lustros con el propósito de *resucitar* a sus paisanos a la conciencia del sentirse lo que son por nacimiento, tradición y lenguaje, no supone gran cosa, o quizá que no pasa de ser consecuencia del oficio de escritor que eligió, pero para mí— y no dudo que para otros muchos también—, lo que Arteche hizo con su pluma compensa con creces, con muchas creces, a lo que pudiera haber conseguido a punta de lanza o a tiro limpio.

La más clara impresión de que los días de su vida quedaron marcados desde aquellos de 1936, la tuve cuando recién publicado su libro tantos años inédito, le oí decirme: «Otegui, para mí ahora se ha acabado la guerra», palabras que no eran sólo eso, sino la realidad que emanaba su semblante, más sereno que nunca, más tranquilo. Cuando ahora me lo represento, no puedo apartar de mi mente aquel momento que ya intuí como una premonición. La realidad es que poco más vivió. Como si se le apagasen los hálitos después de que «Sus Muertos» salieron a la luz.

Su corazón, tanta carga como tuvo que soportar, no pudo un día resistir el empeño de su dueño de aumentar su capacidad. Tanta emoción le rindió. El dar cuenta de los «talentos» que recibió creo que a Joxé no le habrá supuesto dificultad, porque «dale que dale» él iba a lo suyo, iba siempre *a favor* del prójimo. En cualquier cosa, porque el ayudar era consubstancial con su persona. Como el día en que desde el trolebús le vi cargado a la espalda con un cesto de ropas con el que no podían una monja y la niña que la acompañaba. Ellas le seguían, extrañadísimas, como si no se lo creyesen, y a los que le conocíamos, al verle así, nos surgió la sonrisa y pensamos... «Otra de las suyas».